

LA DISYUNCIÓN LACLAUSIANA: ENTRE EL HORIZONTE DISCURSIVO Y EL CALLEJÓN HEGEMÓNICO

Daniel Saur

Presentación

Este texto tiene por finalidad realizar un análisis, de gran generalidad, sobre la obra de Ernesto Laclau. La idea es tomar como objeto el conjunto de su producción¹ como un “paquete” de documentos teóricos y analíticos de gran valor y alta densidad. Dado que la mayoría de los textos que integran la obra de Laclau corresponden a un segundo nivel -resultado del análisis de discursos procedentes de diversos autores y legados, así como de la historia de la práctica política- este ensayo correspondería a un ejercicio de tercer orden. Es decir, lo que intentaremos es realizar un análisis del análisis de los discursos efectuados por el autor, correspondientes a diversas tradiciones intelectuales como a los casos históricos sobre los que indaga y que muchas veces emplea de ejemplo.

Dada la complejidad y riqueza de su obra, este ensayo tiene la intención de realizar solamente una primera indagación, entre otras posibles, produciendo un “ordenamiento” inicial, al que quisiéramos llamar *disyunción laclausiana*. Con este nombre designamos una hipótesis que sostiene que esta obra está compuesta por dos dimensiones, en ciertos aspectos, divergentes.² Nos referimos a dos dimensiones vinculadas, que poseen puntos de contacto, pero también diversas implicancias y alcances. Nuestro argumento central sostiene que la producción del filósofo argentino puede resumirse en un doble movimiento. El primero estaría integrado por la reflexión que desedimenta y desencializa la realidad, colocando al discurso en el centro de la escena, produciendo una enorme apertura para la comprensión de lo social. El segundo movimiento estaría favoreciendo un cierre, al plantear una lógica dominante (hegemónica) como organizadora del funcionamiento político.

En síntesis, lo que intentamos plantear en esta presentación es: a) la enorme libertad filosófica y conceptual que ofrece la noción de discurso empleada por Laclau, siendo un aporte de suma importancia para las ciencias sociales y humanidades y; b) el modo en que ese potencial tiene un decurso orientado, de manera privilegiada, hacia un análisis político específico, que prioriza una sola lógica, limitando sus posibilidades.

La distinción entre Horizonte de Intelección y Teoría/s

¹ Nos referimos al conjunto de textos que se inicia con la inflexión planteada en *Hegemonía y Estrategia Socialista...* (1987), escrito junto a Chantal Mouffe, hasta *La Razón Populista* (2006), su último trabajo de gran envergadura.

² Estas dimensiones no aluden a un recorrido temporal, nos referimos, en cambio, a planos de análisis.

Para avanzar en esta línea de reflexión es importante plantear una distinción que juzgamos fértil a nuestros fines, la que diferencia “Horizonte de Intelección” de “Teoría/s”. Es sumamente prolífica la producción que repara en aspectos metodológicos o sobre las formas de construcción del conocimiento científico, lo que implica focalizar problemáticas teóricas y conceptuales. Nos referimos a esa gran masa bibliográfica que en teoría y filosofía de la ciencia conforma el campo de la epistemología. Es vastísima la producción y no diremos mucho de nuevo al respecto, sólo nos interesa precisar estas dos nociones a los fines de ayudar a la claridad de nuestro argumento, mostrando las diferencias y posibilidades de cada una.

Entendemos como Horizonte de Intelección³ a una construcción mucho más abstracta y amplia que la Teoría, la que articula fundamentos ontológicos claramente establecidos y explicitados. Como construcción intelectual se mueve a nivel de los fundamentos, lo que atañe al ser de la realidad, cómo está constituida, al estatuto de la verdad y a las formas y posibilidades que adopta el conocimiento. Este emplazamiento brinda amplias posibilidades intelectivas al integrar aspectos que dan cuenta del funcionamiento de lo social en su conjunto. La metáfora contenida en la expresión “Horizonte” es por sí ilustrativa. El Horizonte requiere un punto de mira, orientado a un espacio abierto, amplio, en el cual podemos encontrar numerosos caminos o ninguno, y que no presenta pautas necesarias para transitarlo. A su vez, a medida que avanzamos, el Horizonte se desplaza reconfigurando esa extensión. En cierto sentido, podría entenderse como una cosmovisión que involucra un lugar de mirada, un volumen espacial, una forma de orientarse en él, así como pautas sobre los modos de organización de ese espacio y las características de su “naturaleza”; es decir, es una organización conceptual.

Por su parte, entendemos a Teoría como el conjunto de argumentos racionales, coherentes y fundados, que otorgan inteligibilidad a algún aspecto de la realidad social o conceptual. Una teoría puede ser entendida como una matriz de intelección que conlleva una o varias “lógicas”, de mayor o menor sistematicidad, que ayuda a la comprensión del funcionamiento de un dominio de objetos. A lo anterior, puede sumarse un conjunto de procedimientos o estrategias para poner la Teoría a trabajar.

Aunque no siempre es evidente ni se hace explícito, si la Teoría está bien fundada, será autorreflexiva. Así, reconocerá su posicionamiento y sus supuestos de partida, sus pretensiones, sus alcances y su estatuto de verdad. Es decir, será coherente y conciente del Horizonte de Intelección al cual pertenece. La Teoría está condicionada por un posicionamiento ontológico, por los fundamentos que la sustentan y de los cuales parte, pero no sólo por ellos. Al indagar sobre la realidad está pautada también por otros factores. En primer lugar, por la lógica o “gramática” que emplea al

³ Podríamos llamarlo también Horizonte Epistémico para usar una noción más foucaultiana (Foucault, 1991).

ordenar intelectualmente la realidad específica a la que se aboca. En segundo lugar, por sus procedimientos (si los tiene), es decir por cierta pauta metodológica. En este sentido, además de la lógica intelectual, la Teoría puede ser también un sendero por el que se transita, como recorrido a seguir.

La distinción que realizamos corresponde en cierta medida a lo que algunos autores llaman Teoría General y Teoría Sustantiva (*inter alia*), donde la primera “incluye supuestos de carácter general acerca del funcionamiento de la sociedad y la teoría sustantiva conceptos específicos sobre el tema que se pretende analizar” (Sautu, *et al.*, 2005:34). Estas dos nociones poseen diferentes niveles de abstracción y generalidad, aunque conforman un conjunto de conceptos articulados, orientados a aprehender la realidad.

Resumiendo, el Horizonte de Intelección está conformado por un conjunto de proposiciones interrelacionadas, que sirven de base para explicar los procesos y acontecimientos sociales en su conjunto. Implica una visión de la sociedad, del lugar que ocupan y la naturaleza de los distintos agentes que la integran, de los procesos constitutivos que efectúan y de las relaciones que se establecen entre el conjunto social y sus partes. Por su lado, si bien la Teoría requiere un lugar a partir del cual operar (Horizonte), está organizada como una gramática de funcionamiento y un recorrido tentativo para obtener ciertos fines o llegar a cierto lugar. Puede ser de mayor o menor complejidad y más o menos abierta en su organización, pero siempre posee andariveles estipulados que responden a esquemas conceptuales y procesos metodológicos (Guba y Lincoln, 1994). La teoría conforma un conjunto de proposiciones específicas sobre la parte de la realidad que estudia, en ese sentido posee un carácter micro o es de menor nivel de abstracción. El Horizonte opera sobre la Teoría como su fundamento y le condiciona los modos de mirar, las preguntas que realiza y el modo de responderlas.

Sólo a modo de ejemplo, podemos aludir al *Materialismo Histórico* como lo construyó de manera dominante la ortodoxia. Este Horizonte de Intelección se configura articulando las siguientes nociones: un sujeto social predeterminado; una concepción de historia teleológica y evolutiva; un concepto de totalidad social estructurado en torno a la economía, lo que conlleva una organización en dos niveles, base y superestructura. Esta configuración, que implica una concepción general de la sociedad y el conocimiento, ha permitido diversos desarrollos teóricos particulares y articulados. Un desarrollo central en el contexto de este Horizonte, gira entorno a la noción de *Plusvalor*. La *Teoría del Plusvalor* sostiene que cuando un sujeto vende su fuerza de trabajo, integrando un proceso productivo que está controlado por un propietario privado de los medios de producción, genera un valor mayor que el recibido en términos de salario. A esa riqueza, despojada al trabajador y adueñada por el capitalista se la denomina *plusvalor*. Aquí tenemos un conjunto de sujetos

(trabajador, capitalista), de relaciones jurídicas que generan distintos estatutos (asalariado, propietario privado), de objetos (medios de producción, productos con valor objetivado) y de formas de articulación entre estos elementos. Es decir, tenemos una lógica de relacionamiento específico en el contexto del Materialismo Histórico.⁴

Como en el ejemplo anterior, la Teoría siempre genera un conocimiento regional, y por más que sea de suma importancia lo que explica sobre la organización social, la realidad a la que refiere está siempre focalizada, es de carácter óptico. En nuestro ejemplo, apunta a las formas de organización del trabajo en un tipo específico de sociedad, que conlleva una forma de generación de la riqueza y ciertos modos de distribución, apropiación y explotación situados históricamente.

Para mencionar otro ejemplo, podríamos tomar a Pierre Bourdieu, quien en su trabajo plantea, a nivel de sus fundamentos, criterios ontológicos y epistemológicos claros. Para Bourdieu, lo que se entiende por sociedad, refiere a un espacio relacional, en el que pueden reconocerse campos específicos, cuyas estructuras están condicionadas por trayectorias específicas en juego. En ese contexto de relaciones objetivas, conviven y operan agentes que desarrollan disposiciones objetivamente estructuradas y estructurantes (*habitus*). Esta organización conlleva relaciones vinculadas con el poder y la dominación. Este conjunto de elementos configura un basamento intelectualivo que puede denominarse estructural constructivismo o constructivismo estructural, de carácter no idealista (Bourdieu, 1991; Gutiérrez, 2012). Ahora bien, el aparato de Estado, el espacio del arte, del deporte o de la educación, entre otros, tendrán sus lógicas organizativas particulares de las cuales darán cuenta las Teorías específicas, pero estarán configuradas siempre bajo los mismos supuestos que ontológica y epistemológicamente operan para la sociedad en su conjunto. Podríamos decir que el planteamiento de Bourdieu abre un Horizonte que sienta las bases para pensar Teorías específicas que dan cuenta de los distintos campos, incardinadas en un posicionamiento ontológico general.

El “discurso” en Laclau

El trabajo de Laclau brindó aportes importantes en varios niveles. A mi criterio el más significativo ha sido la reactivación del pensamiento sobre lo social, a partir de la revisión de los supuestos ontológicos que venían gobernando a las ciencias sociales y las humanidades hasta la segunda mitad del Siglo XX. Al plantear una serie de problemas, e introducir nuevos desarrollos, puso en evidencia

⁴ Como sostenemos, podemos mencionar otras Teorías que se desprenden de los mismos fundamentos, como la concepción etapista de la historia, que organiza el devenir en una secuencia de modos de producción que se suceden en el tiempo (antigüedad, esclavismo, feudalismo, etc.); o la Teoría de la Ideología que vincula las representaciones del mundo a los intereses de la clase dominante y al trabajo político; etc.

supuestos y actos de institución “originarios” que permanecían sedimentados, naturalizados. Con este gesto se sumó en la tensión padecida por el pensamiento de la modernidad, aunque apuntó especialmente a la revisión de la tradición marxista. Revisitar el canon tradicional del marxismo permitió deconstruir sus fundamentos y desarrollar posibilidades de conocimiento mucho más amplias (Laclau, 2004:8-10; 2011). Laclau no estuvo solo en esta tarea, se incorporó a tradiciones que venían forjándose desde hacía tiempo, en las cuales abrevó. Tradiciones en las que sobresalen Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein, Foucault, Derrida, Lacan, entre otros. El contexto en que gestó su trabajo es consecuente con nociones elaboradas en esas tradiciones: juegos de lenguaje (Wittgenstein), historicidad radical (Heidegger), crítica posestructuralista del signo (Derrida), primacía del significante (Lacan), etc. Todas reflexiones que han contribuido al proceso de corrosión de la metafísica de la presencia (Laclau, 1987).

Ahora bien, estoy convencidos que el aporte fundamental brindado por Ernesto Laclau en toda su obra gira en torno a la noción de discurso, al ubicarla en el centro de su proyecto intelectual. Es la concepción discursiva de la realidad la que ha permitido un cuestionamiento significativo al esencialismo, una erosión a las filosofías sustancialistas y la crítica al pensamiento ilustrado.⁵ El posicionamiento discursivo cuestiona las certezas absolutas, las utopías globalizantes, la validez universal y el carácter absoluto de las esencias. Al cuestionar lo dado desdibuja los límites rígidos de las estructuras sociales (Buenfil, 1998:11).

Que la realidad sea discursiva tiene efectos muy significativos en el armado de un Horizonte de Intelección ya que implica: un relacionalismo radical; dar primacía a la significación en la estructuración de lo social, más allá de la materialidad en la que se encarna; e introducir la negatividad como un elemento insalvable en la organización de esa estructuración impidiendo su cierre y cristalización. Esa apertura constitutiva de toda formación discursiva le otorga un carácter precario y le da movilidad, introduciendo a la historia y la contingencia en lo social. Esa potente amalgama conceptual condensada en la noción de “discurso” atañe a toda la producción del hombre, ya que la significación atraviesa el quehacer social de un extremo a otro y no se puede acceder a dicho quehacer sin poner en movimiento ni atravesar esa textura. Allí donde lo social tiene presencia hay significación y por lo tanto un discurso que lo trame. Por ello, el discurso es co-extensivo con lo social.⁶

El campo del discurso es el de la articulación entre elementos, la lógica que sostiene esa articulación produce una regularidad que permite establecerle un límite (abierto) que lo diferencia

⁵ Existen tradiciones que han realizado aportes muy próximos a partir de nociones como la de “texto” (Derrida) o “dispositivo” (Foucault).

⁶ Esta afirmación de Laclau es solidaria con la doble hipótesis que sostiene Eliseo Verón (1987:125), la que afirma “que toda producción de sentido es necesariamente social y todo fenómeno social es, en alguna de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido”.

del resto del campo de la significación. Hay discurso porque existe algún aspecto común entre elementos que integran un conjunto, algo que los enlaza. Este efecto de conjunto fija parcialmente el significado sin responder a ninguna objetividad externa, aunque esté condicionado por otros juegos de lenguaje (otros discursos) que le sirven de contexto y con los cuales se vincula. Como sostiene David Howarth (2005:39-40): “Todos los objetos y prácticas tienen un significado, y los significados sociales son contextuales, relacionales y contingentes (...) [los discursos] dependen de exteriores discursivos que parcialmente constituyen dichos órdenes, mientras que potencialmente los subvierten”. Un discurso está penetrado por otros discursos que no necesariamente son antagónicos, salvo en el sentido de la oposición que se plantea frente a toda alteridad. Hay oposición solo por el hecho de conformar otro juego de lenguaje y no el mismo. De este modo, el discurso se presenta como un juego continuo de equivalencias expresadas en la articulación de los elementos que lo integran; y de diferencias, a partir de lo que distingue esos elementos, y al conjunto en cuestión, del resto de los discursos.

Dicho sucintamente, estas premisas representan los presupuestos de base del Horizonte de Intelección Laclausiano, donde lo discursivo se imbrica con lo social sin llegar a confundirse con ello. De este modo, Laclau conforma una ontología y nuevas condiciones para pensar el devenir humano de manera mucho más amplia y consecuente con la creciente complejidad de las sociedades contemporáneas.

La hegemonía de lo hegemónico

Laclau es claro al plantear que la sociedad no puede encontrarse “suturada por ninguna lógica unitaria y positiva” (Laclau, 1987:187) y que todo discurso es un sistema organizado de diferencias en el cual las fronteras pueden ser más o menos difusas (*Ibíd.*:179). Estas afirmaciones son claras y Laclau toma todos los recaudos necesarios para no caer en aquello que cuestiona y desmonta con rigor. No obstante, desde una recepción crítica, podemos afirmar que se produce lo que podríamos llamar un “efecto de teoría” en el que el “discurso” queda a la saga, ubicándose a la sombra de la lógica hegemónica. Este efecto se produce cuando se antepone la Teoría por sobre el Horizonte de Intelección, y prevalece una lógica específica por sobre la ontología social que la sostiene.

El texto publicado junto a Chantal Mouffe en 1985, logró un enorme impacto en la comunidad académica internacional debido a los diversos y profundos aportes que realizó. El principal valor de esta contribución radicó en desesencializar el marxismo y superar sus determinismos a partir de la noción de discurso. Con ello abrió el juego a un constructivismo que permite una concepción radical de la historia y de la sociedad. De todos modos, esa riqueza de lo social -plural,

abierta, multidimensionada, contingente, etc.- pierde protagonismo frente a la centralidad de una lógica en particular que se impuso con fuerza en su trabajo.

No quiero ser injusto en relación a los enormes aportes que la teoría de la hegemonía ha realizado. Por el contrario, es seguramente la gran eficacia que posee esta teoría para explicar prácticas políticas vinculadas a procesos de lucha popular y a la conformación del pueblo, lo que justifica el lugar que ha ganado. Es tan potente y sofisticado su carácter explicativo que consideramos que ha producido un efecto de encandilamiento en un sector importante de la comunidad académica que realiza su trabajo a la luz de la obra de Laclau.

Considero modestamente que este es el motivo por lo que muchos de los trabajos que se desarrollan en el contexto de este Horizonte tienen un léxico, una estructuración y una musicalidad que se presenta repetitiva. La preocupación por la identificación de significantes vacíos, el trazado de fronteras, la detección de juegos equivalenciales y antagónicos produce una suerte de monopolización de la reflexión que debilita las enormes posibilidades que la noción de discurso permite y la infinita cantidad de lógicas que habilita. Es como si la apertura e incomensurabilidad del discurso fuera presa de la fascinación que produce el significante vacío y la lógica hegemónica. Esto no es casual, todo discurso requiere tener un factor aglutinante que otorga regularidad a la dispersión de elementos y el significante vacío representa a este funcionamiento regular de manera ejemplar. Por caso, si los signos padre, madre, hijo, primo, tío, etc., conforman un conjunto discursivo, estos elementos están representados a través de un componente articulador que es el parentesco. Y para entender la lógica del parentesco en distintas culturas, la Teoría de la Hegemonía seguramente no sería de mucha utilidad.

Con todo lo anterior quiero decir que la lógica hegemónica conforma una teoría que ha cobrado enorme protagonismo, tendiente a ocupar una posición ontológica. Con este efecto, pareciera que los inconmensurables problemas de la significación se redujeran, y la compleja trama de lo político se sintetizara en un tipo específico de organización social. Por estos motivos estoy en desacuerdo con David Howarth cuando dice que “las explicaciones discursivas otorgan primacía al rol de las prácticas políticas -entendidas por medio de la lógica de la hegemonía- en la explicación concreta de las prácticas sociales” (2005:57). El enorme potencial que brinda la noción de discurso, y las implicancias políticas puestas en juego, anteceden y exceden toda lógica singular.

La potencialidad de la mirada discursiva

Si hago foco en estas cuestiones es porque considero que no se está extrayendo la totalidad de implicancias favorables que la noción de “discurso” puede brindar a las ciencias sociales y

humanidades. Como dice Torfing (1998:44): “es crucial agregar que no todas las prácticas de articulación son hegemónicas.” Si estamos analizando fenómenos complejos y cuestionando prácticas sedimentadas, no se debería resumir la problematización a detectar la hegemonía en todos los procesos. Las posibilidades del discurso en el Horizonte laclausiano residen en que puede enfocarse a cualquier tipo de objeto o práctica social, en tanto y en cuanto sea significativa.

La noción de discurso, gracias a sus fundamentos conceptuales y ontológicos, ofrece bases epistemológicas inconmensurables, consecuentes con la libertad y derivas que caracterizan a todo proceso de “semiosis”. El funcionamiento discursivo involucra procesos de gran complejidad, sin fronteras fundamentales, y plausible de modificación. En este sentido existe una inabarcable diversidad de espacios discursivos configurados, donde la lógica hegemónica no tiene mucho que aportar. La diversidad de formaciones discursivas es en la práctica inconmensurable. Esto no quiere decir erradicar la dimensión política en el análisis, lo político está presente siempre, al menos en dos sentidos: a) en primer lugar, si hay formación discursiva es porque existe una operación de inclusión de todos los elementos que integran la formación (momentos), y de exclusión de todos los elementos externos; b) en segundo lugar, todo discurso es político porque el poder está presente en todo enunciado; todo enunciado tiene efectos performativos, instituyentes, y por lo tanto produce algún impacto a nivel de la recepción.

Bajo esta orientación, como dice Howarth (2005:79), “siempre que concuerden con sus premisas ontológicas, los teóricos del discurso pueden recurrir libremente a una serie de figuras y recursos para analizar los textos y las prácticas”. Por ello, el trabajo sobre los discursos no tiene un campo privilegiado de trabajo ni una organización conceptual dominante, es un *bricoleur*, una analítica contexto dependiente, histórica y no objetiva (Torfing, 1998). El discurso es una cierta regularidad a partir de una articulación (no necesaria) de elementos. Y esa articulación puede adoptar las formas más diversas, configurando “gramáticas” heterogéneas,⁷ planteando desafíos a la investigación. Una gramática se refiere a un grupo de reglas que organizan las prácticas sociales, que involucra sujetos, objetos, instituciones, etc., así como las relaciones que unen a estos elementos. Y esas gramáticas, aunque de distinta relevancia, son innumerables.

Por lo anterior, esta vez coincido con Howarth (2005) cuando se refiere al “déficit metodológico” existente, aludiendo a la ausencia de referencias que pongan a trabajar los sofisticados postulados de este Horizonte. Howarth sostiene que la reflexión tiene un enorme nivel de generalidad o la metodología se expresa en las investigaciones concretas, pero no existe una

⁷ Con la noción de gramática Laclau (2003:83) se refiere a “un grupo de reglas que hace que algunas combinaciones y sustituciones resulten posibles y que excluye otras”.

reflexión sistemática significativa.⁸ Ahora bien, no es casual que existan insuficientes desarrollos sobre aspectos metodológicos ya que el trabajo es estrictamente artesanal, estando condicionado por la infinidad de lógicas discursivas presentes y de niveles de análisis posibles. Todo discurso es multidimensionado y la cantidad de abordajes es prácticamente infinita (Veron, 1987), aunque la relevancia de los mismos sea diversa. En ese sentido, ante semejante diversidad y complejidad, toda sugerencia sobre pautas metodológicas se ve un poco forzada.

En síntesis, lo que intento con este documento es jerarquizar la dimensión simbólica de los procesos sociales planteada en el pensamiento de Laclau. Esta propuesta implica abrir la indagación a las múltiples lógicas que componen la realidad significativa de lo social, evitando la hegemonía de una sola lógica que focaliza fenómenos regionales. En otras palabras, lo que propongo es distinguir la “teoría singular” a los fines de recuperar el “Horizonte epistemológico” como una pluralidad en expansión. Que la hegemonía no se transforme en el reclusorio del sentido, habilitando toda la apertura, productividad y potencial que la noción de discurso conlleva.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Taurus Ediciones, Madrid.

Buenfil, Rosa Nidia (1998). “Imágenes de una trayectoria”, en *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, R. N. Buenfil (coord.), Plaza y Valdés Editores, México.

Foucault, Michel (1991), *La arqueología del saber*, Ed. Siglo XXI, México.

Gutiérrez, Alicia (2012), *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*, Editorial Eduvim, Argentina.

Guba, E. G., & Lincoln, Y. S. (1994). Competing paradigms in qualitative research. In N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 105-117). Sage, London.

Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Ed. Siglo XXI, Madrid.

Laclau, Ernesto (2003), “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, en Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la Izquierda*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

----- (2004). “Prefacio a la segunda edición en español”, en Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Ed. Siglo XXI, Madrid.

----- (2010). “‘Conversaciones’: Para la democracia en América Latina es necesario un presidencialismo fuerte”, Entrevista a Ernesto Laclau en *Hoy la Universidad*, año 2 N° 4, Universidad Nacional de Córdoba.

⁸ En esta búsqueda bien intencionada Howarth cae en un problema serio al poner lo metodológico en términos de “preceptos” y sostener la posibilidad de la “aplicación” de la teoría. Ver (Saur, 2007) en referencias.

Saur, Daniel (2012). “¿Aplicar la teoría? Reflexiones en torno a la noción de aplicación en el Análisis de Discurso” en Buenfil, R.N.; Fuentes, S. & Treviño, E. (coords.) *Giros Teóricos II. Diálogos y debates en las ciencias sociales y humanidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Sautu, Ruth; Boniolo, Paula; Dalle, Pablo; Elbert, Rodolfo (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*, Clacso, Buenos Aires.

Verón, Eliseo (1987). *La semiosis social*, Ed. Gedisa, Buenos Aires.